

Organización partidaria y clase

CARLOS MARTÍNEZ ASSAD

RAFAEL LOYOLA DÍAZ

Desde que el mundo se conmocionó con la primera revolución socialista, el eje central de la discusión ha sido el de la unidad del movimiento revolucionario y el partido. Figura retórica para algunos, fuente de la crítica antiestaliniana para otros, la relación entre acción y organización sigue siendo debatida. La cuestión representa un compromiso inaplazable para el hombre de partido y un problema ineludible para quien pretende contribuir a la explicación de los fenómenos sociales y políticos que mantienen convulsionados a distintos países que luchan por encontrar su propia vía hacia un nuevo orden.

El surgimiento de las sociedades burguesas significó, entre otras cosas, la creación de nuevos métodos de lucha y de instancias o formas organizativas para la conquista y preservación del poder. Con la extinción de la sociedad feudal y sus modelos de dominación se desdibuja la figura del príncipe como la personificación del poder y el centro del agrupamiento político de los distintos sectores que monopolizaban, por derecho divino, el ejercicio de la dominación. Al pasar la política del dominio de castas al dominio de individuos-clase, se requirió formular un nuevo tipo de agrupamiento político, tanto de las distintas clases como de las fracciones depositarias del nuevo poder. El partido político constituye una de esas formas organizativas aportadas por la sociedad burguesa; en este tipo de agrupamiento las clases despliegan su poder, o bien son el conducto histórico adecuado para constituirse como clase hegemónica; a esto se refiere Gramsci cuando comenta que "la historia de un partido [...] no podrá ser menos que la historia de un determinado grupo social".¹ Pero como un grupo social no está aislado sino que existe en función de las otras clases

¹ A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, tomo 1, Juan Pablos Editor, México, 1975, p. 44.

y sectores que integran la sociedad, la historia de un partido constituye también la historia monográfica de una nación, agregaría el autor.

Así, de la política personificada se pasaría a la institucionalidad de la política, entendida como el agrupamiento de las clases en organismos que representaban sus intereses. Por lo cual la noción de partido no se refiere a su existencia formal sino al hecho de que los actores sociales pueden organizarse para el logro de sus objetivos de clase, como se da en los organismos propiamente partidarios, o bien en otras instancias de expresión: la prensa, los clubes, las cámaras patronales, etcétera.

No todo organismo social constituye, pues, un partido en estricto sentido, no obstante que diversos organismos asuman una expresión partidaria en virtud de constituir una forma de agrupamiento de clase. Al decir Gramsci que el partido significa de alguna manera la prefiguración estatal, está afirmando que el partido se define, fundamentalmente, por su vocación de poder y, en su expresión más radical, la jacobina, por su capacidad para construir un Estado, es decir, por la determinación de una clase organizada partidariamente en asumir la dirección de la sociedad mediante su integración en Estado. Surge así la pregunta de por qué es necesario el partido de las clases subalternas, principalmente la clase obrera, considerando que ha experimentado otras formas de organización que constituirían expresiones partidarias tales como la mutualidad y los sindicatos.

La clase obrera tiende por "instinto" al socialismo, la espontaneidad constituye el elemento embrionario de "lo consciente".² El impulso de rebelión del trabajador contra sus condiciones de explotación se ha manifestado en todos los tiempos como parte de la historia de las clases explotadas. Sin embargo, para Lenin este solo elemento no lleva ni puede conducir a la liberación de la clase; hay que agregar el hecho de que las clases dominantes tienen un proyecto global de sociedad en el que se incluye la dominación sobre los explotados, de ahí que la supremacía de la ideología burguesa también encuentre su explicación en la circunstancia de que "su elaboración es más completa y porque posee medios de difusión incomparablemente más poderosos".³

Cualquier proyecto alternativo de sociedad tiene que elaborar una ideología alternativa, cuestionar la dominante y ofrecerla a las clases subalternas como matriz explicativa de su situación de clase y como alternativa de sociedad. Por tal situación, Lenin repite frecuentemente que toda tentativa de rebajar la importancia del elemento consciente significa "subordinar al proletariado a la ideología burguesa", y tal subordinación tiene un nombre: el "tradeunionismo", la lucha del obrero circunscrita a la relación capital-trabajo, es decir, una lucha que gira en torno al precio de la fuerza de trabajo pero que no cuestiona la relación. Por lo que a menudo Lenin

² V. I. Lenin, "¿Qué hacer?", en *Obras escogidas*, vol. 1, Ed. Progreso, Moscú, 1961, p. 151.

³ *Ibidem*, p. 151.

comentaba que “todo rebajamiento de la política socialdemócrata al nivel de la política tradeunionista equivale a preparar el terreno para convertir el movimiento obrero en instrumento de la democracia burguesa”.⁴

Para contrarrestar la influencia de la ideología burguesa es necesario forjar otro tipo de conciencia que permita a las clases subalternas, principalmente al proletariado, tomar conciencia de su realidad histórica y de sus potencialidades como clase revolucionaria. Para Lenin este tipo de conciencia surge “desde fuera” de la clase, pero no como conciencia en general sino como “conciencia socialdemócrata”, aludiendo por ello a la noción de “conciencia socialista”. Argumenta, recurriendo a Kautsky, que la idea del socialismo como producto de ideas filosóficas, históricas y económicas no ha provenido directamente del proletariado, sino que ha sido posible en las clases que han tenido acceso al conocimiento. Así pues, cuando Lenin se refiere a la importación de la conciencia está relacionándola con la idea del socialismo en tanto tendencia histórica y proyecto alternativo de sociedad.⁵

Así pues, la conciencia socialista es requisito para la acción, pero no es la acción misma. Ésta sólo será posible con la conversión de la “conciencia socialista” en conciencia de clase o política; mientras aquélla significa la posibilidad de la acción, la última es la actividad de la clase en su desarrollo organizativo. Por esto es que se puede afirmar que el cambio social no se limita a la elaboración de una idea de sociedad sino, sobre todo, constituye una experiencia de asimilación ideológica que estimule y oriente la lucha por el poder. En esta perspectiva, el problema de la formación de la conciencia de clase sería lo que Marx denominó el tránsito de la “clase en sí” a la “clase para sí”. Y este tránsito, como dijera Lenin, no es problema de conocimiento libresco, es resultado del enfrentamiento político del proletariado con las distintas fracciones de la clase dominante y sus organismos de poder, que le posibilita esa concientización en la medida que reconoce la fisonomía del resto de las clases sociales. Por lo tanto, el canal para que la clase desarrolle su conciencia política excede los marcos de la lucha sindical y es por ello que Lenin insiste en que: “La conciencia política de la clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de las relaciones entre obreros y patrones”,⁶ párrafo desde luego bastante desvirtuado por los tránsfugas del leninismo.

En resumen, el problema de la revolución estriba en la capacidad que tenga una clase potencialmente revolucionaria para hacer consciente su necesidad y generar un proyecto de sociedad, una concepción del mundo que cuestione la visión de la clase en el poder y que posibilite que la sociedad en su conjunto vuelque sus capacidades creadoras. Para tal efecto,

⁴ *Ibid.*, p. 197.

⁵ *Ibid.*, pp. 142 y 149.

⁶ *Ibid.*, p. 183.

el principal problema por resolver es el de la superación de los marcos ideológicos impuestos por las clases dominantes, para que rompa las fronteras del economicismo y se reconozca como clase revolucionaria en "la esfera de las relaciones de todas las clases entre sí".

Para el desarrollo de la "clase en sí" en clase "para sí", el partido político, el "moderno príncipe", constituye el medio adecuado en tanto supera el economicismo y desarrolla la capacidad dirigente y la determinación del poder de la clase emergente. En consecuencia, para la clase obrera tal tipo de agrupamiento político innovado por la burguesía representa también sus posibilidades de liberación.

El capitalismo crea finalmente las fuerzas que terminarán por dominarlo; así como fue ampliándose la masa de los trabajadores fueron surgiendo formas organizativas, primero las de carácter unionista hasta llegar a las de tipo partidario, la I Internacional es el punto nodal de esta nueva forma de organización enriquecida por su carácter universalista.

Es, sin embargo, con Lenin que el partido político tendrá una teoría y un cuerpo coherente de sistematización, objetivos precisos, formas para su organización y para la participación, así como la misión de organizar, educar y dirigir a los obreros y campesinos pobres hacia su constitución en clase dominante y promover el advenimiento de la democracia proletaria. Proceso doblemente violento el de la destrucción del viejo orden y la instauración de la nueva sociedad.

El partido de la clase obrera justamente encarna un nuevo modelo de sociedad "libertaria" —en términos de Gramsci—, "disciplinada voluntariamente, por un acto explícito de conciencia".⁷ El partido es, por tanto, una organización voluntaria de las masas populares identificadas con igual objetivo a través de fórmulas consensuales que rompen con el corporativismo de otras formas organizativas de la clase y a su vez el partido mantiene una sola voluntad de poder.

La voluntad de crear un nuevo Estado, una nueva sociedad, resulta casi impensable sin que anteriormente surja entre las masas la necesidad de formar su propio partido, el cual deberá responder a sus iniciativas, a sus demandas y en última instancia a su dirección.

La teoría leninista del partido parecería encontrar un nuevo impulso cuando los más recientes procesos revolucionarios han encontrado en la práctica la línea de la unidad entre acción y organización; y aunque ésta no se exprese explícitamente como partido, da a las orientaciones y al espontaneísmo de las masas una forma coherente y revolucionaria. Esta idea sería completada por Gramsci cuando definió al partido como el instrumento y forma histórica del proceso de liberación en la que el obrero de *ejecutante* pasaba a ser sujeto *emprendedor de iniciativas*, de *masa se*

⁷ A. Gramsci, "Le Parti et la révolution", en *Ecrits politiques, 1914-1920*, tomo 1, Editions Gallimard, París, 1976, pp. 293-294.

convertiría en *jefe y guía* hasta advertirse a sí mismo con cerebro y voluntad propios.⁸

Es decir que la clase obrera no podrá concebirse como un conjunto homogéneo y coherente sino a través de su organización. El partido revolucionario deberá actuar como vanguardia, desarrollando una amplia educación de la clase obrera y empeñando sus esfuerzos en la búsqueda de aliados, contribuyendo al mismo tiempo a la formación de una voluntad colectiva nacional popular para la toma del poder.

La organización y movilización de las masas coincidirá necesariamente en un momento dado; en términos de Lenin: "El movimiento obrero, fundiéndose con el socialismo y la lucha política, debe constituir un partido..."⁹ El partido asumirá la dirección política representando la vanguardia efectiva de la clase, en términos de fusión, nunca de supeditación. La validez histórica del partido estará dada por su capacidad para fundirse con el movimiento de masas y dirigirlo hacia su constitución en Estado, desplegando para ello una política hegemónica.

Para comprender la noción de partido es necesario distinguir dos niveles: primero, en sentido restringido sería la organización propia del partido, integrada por los "revolucionarios profesionales", quienes se distinguirán por la realización de una amplia labor de agitación y organización de la clase para que el movimiento se desarrolle; segundo, en sentido amplio sería una suma de organizaciones en la que estarían integrados todos aquellos agrupamientos obreros y de masas que mantienen ligas con la organización y que responden a su dirección.¹⁰

Una visión global del partido político revolucionario entraña la resolución de tres problemas fundamentales: primero, un diseño de organización que dé coherencia y funcionalidad a la actuación de los intelectuales orgánicos, salvaguardando los mecanismos de la toma de decisiones y la selección de los nuevos miembros; segundo, un programa que ofrezca posibilidades para organizar a la clase en su conjunto y establecer las alianzas pertinentes para la construcción de la hegemonía alternativa; tercero, delinear las estrategias y tácticas que permitan la desagregación del bloque en el poder.

La resolución de esos tres problemas debe estar orientada al logro de la hegemonía del proletariado. En este sentido, la centralidad obrera se resolverá en la medida en que la clase asuma la dirección bajo el contexto de un amplio sistema de alianzas con las clases anticapitalistas; la revolución será un atributo común a todas ellas, pero el proletariado asumirá su papel

⁸ A. Gramsci, "Le parti communiste", en *Ecrits politiques*, cit., p. 395.

⁹ V. I. Lenin, "Proyecto del programa de nuestro partido", en *Obras completas*, tomo IV, Edit. Cartago, Buenos Aires, 1958, p. 228.

¹⁰ V. I. Lenin, "Un paso adelante, dos pasos atrás", en *Obras escogidas*, tomo I, Ed. Progreso, Moscú, 1961, p. 327.

de clase dirigente-dominante para movilizar a la mayoría de la población trabajadora contra el capitalismo y el Estado burgués.¹¹

La fórmula para que la dirección política del proletariado sea aceptada por el campesinado, consiste en que aquél pueda asimilar a su programa el contenido reivindicativo de la población del campo, en un espíritu de cuerpo que contemple la unidad de un amplio frente que lucha por la liberación total. Estrechando esos lazos de solidaridad se irán dando los pasos indispensables hacia la destrucción del régimen preestablecido y a la construcción de uno nuevo. En este sentido Gramsci afirma: "Rompiendo el poder del Estado capitalista, instaurando el poder obrero que somete a los capitalistas a la ley del trabajo útil, los obreros romperán todas las cadenas que atan al campesino a su miseria y a su desesperanza".¹²

El origen jacobino de la alianza del proletariado con campesinado viene —como es sabido— de la revolución francesa, su carácter polémico sólo se amplió con la filiación que Gramsci realizó por primera vez entre jacobinos y bolcheviques. La revolución burguesa fue jacobina no sólo en el sentido de acabar violentamente con la oposición, sino que pudo desarrollar un sentido universalista que permitiría romper con los aislamientos nacionales, hacer de la burguesía una nueva clase, construir un Estado nuevo y crear sistemas de alianzas políticas, poniendo especial cuidado en mantener la dirección de la población más numerosa: el campesinado, cuyas demandas fueron incorporadas por la burguesía, factor definitivo en la creación de la nueva sociedad.

Más allá de toda polémica, de si el jacobinismo representa los excesos o los límites del radicalismo burgués, el problema fundamental a resolver es: "¿qué tipo de estrategia y de organización revolucionaria debe adoptar el proletariado?"¹³

La revolución proletaria es por consiguiente una cuestión de organización, de disciplina y de dirección política, lo que significa considerar que en los países atrasados las estructuras precapitalistas han subsistido en la agricultura; de ahí que la atracción del campesinado por la vanguardia de la clase obrera no sea una tarea fácil, en la medida que el trabajador del campo ha desarrollado una mentalidad individualista que, no obstante, coincide en la defensa contra los explotadores. "Ellos han concebido el mundo no como una cosa tan indefinida y vasta como el universo, o estrechamente circunscrita en torno al campanario de su poblado, sino en su realidad concreta, hecha de estados y pueblos, de fuerzas y debilidades sociales, de ejércitos y máquinas, de riquezas y de miserias."¹⁴

Los lazos de solidaridad entre los mismos campesinos y los obreros indus-

¹¹ A. Gramsci, "Algunos temas sobre la cuestión meridional", en M. A. Macciocchi, *Gramsci y la revolución de occidente*, Siglo XXI Editores, 1977, p. 289.

¹² *Ibid.*, p. 314.

¹³ Hugo Portelli, "Jacobinisme et antijacobinisme de Gramsci", en *Dialectiques*, núms. 4-5, París, marzo de 1974.

¹⁴ A. Gramsci, "Ouvriers et paysans", en *Ecrits Politiques*, p. 261.

triales se han desarrollado, y así como constituyeron las fuerzas básicas que posibilitaron el triunfo de la revolución rusa, la base de su relación se amplía visualizando un futuro que no se sustenta en un "vanguardismo" caprichoso, sino en la dirección del movimiento revolucionario por una dirección consciente que alcanzará el objetivo de crear un Estado de obreros y campesinos pobres.

Pero ninguna clase puede aspirar a ser hegemónica si no desarrolla y difunde una reforma intelectual y moral, fundamento del príncipe moderno que como partido será el intelectual orgánico del proletariado. El partido deberá desarrollar distintas actividades y tener ciertas funciones específicas que sólo serán posibles a través de una organización que deberá responder a las condiciones específicas de cada país, a fin de desarrollar su propia estrategia.

El partido revolucionario, desde que Lenin le dio rango teórico, asume distintas funciones que fueron de alguna forma complementadas o especificadas por Gramsci, quien además demostraría que esa forma organizativa era vigente para una formación social distinta a la rusa, sin dejar de considerar que el "leninismo es el marxismo de la época del capitalismo monopolista, de las guerras imperialistas y de la revolución proletaria".¹⁵

Son tres las funciones que parecen más relevantes para que el partido político lleve adelante su programa; la primera consiste en elaborar y difundir la concepción del mundo de su clase, es decir, actuar como el organizador de una reforma intelectual y moral, revolucionar las anteriores formas de pensamiento en términos de concebir la totalidad de manera distinta. Pensar un problema quería decir desprenderse de anteriores formas de pensamiento para asegurar la formación de una nueva cultura y concebir críticamente la realidad existente.

El partido deberá encargarse también de la educación de las masas, es decir, otorgar un método de pensamiento liberador contrario a cualquier esquema estático o formalista, método que puede estar asegurado por la dialéctica usando además los medios más adecuados. No hay que olvidar la importancia que Lenin dio al periódico *Iskra* y a todo un sistema de difusión y aprendizaje político que concibió como una de las tareas permanentes aun antes de la formación del partido a fin de aglutinar a la clase desarrollando un amplio programa educativo. Por su parte, Gramsci consideró el problema educativo como fundamental en la creación y preservación del partido, incluso llegó a considerar, en relación a la labor de aprendizaje, que en Italia: "por ausencia de partidos organizados y centralizados, no se puede prescindir de los diarios, agrupados en serie, los que constituyen verdaderos partidos".¹⁶

La tercera función del partido, quizá la más importante, es la de la direc-

¹⁵ A. Gramsci, "Tesis de Lyon", en M. A. Macciocchi, *Gramsci y la revolución...* cit., p. 312.

¹⁶ A. Gramsci, *Pasado y Presente*, Edit. Granica, Buenos Aires, 1974, p. 66.

ción, sustentada en el consenso crítico de sus miembros a través de la acción disciplinada que se finca en la aceptación consciente y siempre crítica; sólo de esta manera la dirección del partido puede aspirar a ser hegemónica.

Estas tres funciones son realizadas por los intelectuales del partido, definidos por su capacidad de organizar y dirigir a la clase. El partido es, por tanto, creado en un principio por los intelectuales, pero es también el lugar en que la clase forma sus cuadros dirigentes que le son necesarios para constituirse en Estado. Los intelectuales serán los destinados a lograr un amplio consenso elaborando una nueva concepción del mundo entre los miembros de la clase, introducirán el método y proporcionarán los medios a fin de alcanzar las metas en la educación para el futuro, cuando puedan construir la nueva hegemonía como dirigentes capaces de lograr una dirección cultural y moral en la sociedad. Desde esta perspectiva, el partido político funge como el articulador por excelencia de los intelectuales orgánicos.¹⁷

La existencia de intelectuales, de cuadros medios y de militantes de base que Gramsci identificó con la organización del ejército como "capitanes", "caporales" y "soldados"¹⁸ no implica que los dirigentes se impongan a los dirigidos, ni que el partido utilice el movimiento revolucionario como cimiento; se trata más bien de una unidad orgánica que va constituyendo el moderno príncipe, la suma de individuos que aglutinados en torno a una sola voluntad colectiva aspira a transformar el orden prevaleciente para instaurar el nuevo Estado.

Entre la teoría y la práctica se han dado, sin embargo, ejemplos diversos de centralización burocrática a la que han llegado distintos partidos de izquierda, de línea estaliniana o no; la cuestión es que esas experiencias no han invalidado la solución que la forma de partido representa, como único instrumento real de romper con la hegemonía de la clase burguesa y crear una hegemonía de base proletaria. Aun su vigencia en América ha sido corroborada desde la formación del partido revolucionario cubano encabezado por José Martí, pasando por la coalición de partidos en distintos frentes del que la Unidad Popular es su último ejemplo, hasta llegar a la Coordinadora de Masas de El Salvador y el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua. Todos ellos han respondido a distintos momentos del dominio imperialista, de crisis económica, de relaciones de fuerza y de particularidades nacionales que necesariamente deberán ser tomadas en cuenta para rescatar el espíritu revolucionario de cada pueblo en su particular expresión como formación social específica. Estas nuevas experiencias seguirán adelante en la medida que en la práctica se corrobore que no hay separación entre movimiento revolucionario y partido sino sólo estrategias diferentes en su aproximación.

¹⁷ A. Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos editor, México, 1975, pp. 20-21.

¹⁸ Véase A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo...* cit., p. 78.